

LOS MIL Y UN EVANGELIOS

TENER ya cuatro versiones de una misma historia es más que suficiente para garantizar cierto desconcierto, sobre todo cuando esa historia abunda en lo prodigioso y en lo sibilino. No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de los siglos se hayan multiplicado los malentendidos y los conflictos entre los diversos lectores de los Evangelios, según aporrasen su punto de vista en Mateo o en Juan, por no hablar de los evangelios apócrifos y otros intentos confusionistas en los que se ve la pezuña del Maligno. Pero héte aquí que, cuando ya la resignación y el desinterés nos habían puesto medio de acuerdo a todos, empiezan a llovernos evangelios por todas partes. Y no evangelios cualquiera, sino cantados y bailados por prestigiosos jóvenes y agraciadas señoritas en los mejores teatros de la ciudad. Antes sólo cantaban el evangelio los curas en semana santa, cuando entonaban la pasión en latín, a tres o cuatro voces y el bajo solía hacer de Poncio Pilatos; a bailarla no creo que llegasen, al menos por lo que yo recuerdo.

De modo que ya nos estamos viendo envueltos de nuevo en feroces controversias teológicas. Los partidarios del Evangelio según Villamar, fulminan excomuniones a los fieles del Evangelio según Ribó o de la buena nueva que nos trae Camilo Sexto, que hasta tiene nombre de Papa y todo. De golpe y porrazo —nunca mejor dicho—, nos plantamos otra vez en los dorados años del odium theologicum, cuando por un quitame allá esa iota, los romanos y los bizantinos no volvían a saludarse en la tira de siglos, mientras arrianos y atanasianos se despellejaban vivos por disentir en cuestiones que eran incapaces hasta de plantear tanto unos como otros. Pero a todo esto, lo más divertido es que la gente que había dejado de ir a la Iglesia los domingos por aburrimiento se traga ahora media docena de Evangelios a ritmo de pasodoble cada mes y se quedan en ávida espera de que pongan música al Kemptis y a los Hechos de los Apóstoles. Si la Santa Sede cuidase sus relaciones públicas, hace tiempo que habría nombrado presidente de la Propaganda Fide a Bob Dylan.

Ante esta boga novotestamentaria, aconsejo cierto escepticismo. Y si no tenemos más remedio que acabar yendo a ver una pamema de esas, no caigamos al menos en la trampa de elegir y discutir racionalmente nuestra elección. Respondamos como Unamuno a aquella dama que se había pasado toda una velada llamándole Don Ramón y que, avivada, quiso luego corregir su error: «Da igual señora, el caso es pasar el rato...» ■ **SAVATER**

lidad irremplazable: la de agradecer a una persona concreta los servicios prestados, tanto si esos servicios son oficiales como si hay que reprochar a la oficialidad que no se hayan agradecido dichos servicios. En resumen, pues, los españoles se ven obligados continuamente a reunirse alrededor de un cocido o una paella para clarificar su postura, perfilar su ideario o exponer una opinión tajante. Razón por la cual no es de sorprender que la cantidad de trabajo público que cada español vaya asimilando se transforme inevitablemente en aumento de peso...

Los directores de cine español engordarán ahora a marchas forzadas. Si no han podido votar, si no han podido reunirse, si generalmente no pueden hacer el cine que quieren y deben, no les queda más remedio que comer para olvidar las penas o para autofilmarse el desarrollo diges-

vo de una gamba. La imaginación calenturienta que suele derivarse de una situación como la nuestra puede permitir que esa gamba acabe por significar todo lo que la inexistencia del cine que podían haber hecho (y no han hecho) significa igualmente. La historia del cine español es la historia de las omisiones y nunca se hará un buen tratado sobre su desarrollo si no se cuenta con los guiones que no se rodaron, con los proyectos que no cuajaron y con los directores que no existieron... Sobre todo ahora que un 5 por 100 de la profesión ha decidido que el resto (o que casi todo el resto) no son directores de cine. Simplemente porque, a su juicio, no han hecho la cantidad de obras exigibles para esgrimir tal título. No deja de ser curiosa esta planificación de los derechos de un autor; empezará a serlo más aún cuando a los novelistas y a los pintores se les

comience a pedir igualmente que escriban y pinten tanto y tan frecuentemente como a unos cuantos de esos pintores y esos escritores les parezca necesario...

El lector ya sabe a qué nos referimos porque en algún número anterior de esta revista se explicó el extraño desarrollo de las elecciones sindicales de la Agrupación de Directores de Cine... El viejo, el saliente ha sido Juan Antonio Bardem. Y el 95 por 100 de los directores de cine que no votaron no tienen más remedio que invitarle a cenar para explicarle su agradecimiento por la labor desarrollada durante quince años en su presidencia. El 5 por 100 restante invitará a cenar al señor Ardavin. Los ambiguos darán un té con pastas a quien les parezca más oportuno. Y así, en fin, veremos cómo el cine español va engordando paso a paso no en películas ni en posibilidades sino en los michelines de los directores que no tienen otra solución para calmar sus necesidades expresivas y ciudadanas. El 1 de diciembre se comerá con Bardem; y comenzará la competición del menú en sustitución de una competición inexistente, la de las ideas, ya que estas no tienen una estructura-

ción autorizada. Si no se puede discutir, si no se puede tratar de corregir lo que quizás esté mal, al menos el cine español tiene la posibilidad de trabajar alrededor del punto exacto del asado de una pata de cordero. Después de todo, esta obligada afición gastronómica no es sino la correspondencia exacta del cine que se ha venido haciendo normalmente. ■ **DIEGO GALAN.**

A Luis Buñuel le gusta T. V. E.

Uno ya sabía que T. V. E. en bloque, con sus Iribarris y sus guaguas de los sábados, era uno de los productos «made in Spain» que mayor aceptación tenía en el mercado internacional. O si no, ahí está para demostrarlo el Festival Internacional de la O. T. I., que es la Organización Iberoamericana, donde España es poco menos que imprescindible, a pesar



de que este año mandemos a Cecilia y no a Manolo Escobar, y no a Manolo Escobar.

«Retransmisiones de fútbol como las de Ramón Díez no hay quien las haga en Europa», contó el otro día Amilibia en su nuevo programa de la noche, que se lo dijo un periodista británico que se ha visionado el tío la programación dominguera de toda Europa, la de córners que no habrá conocido. Tenemos, por otra parte, los mejores hombres del tiempo del mundo, que en sus soñolientas intervenciones consiguen los más señalados hallazgos en el metalenguaje del telediarío. Porque ¿no es un hallazgo que, después de que un señor sonriente nos diga cómo está la cosa, salga un señor medio dormido de éstos con mapa detrás para anunciar que «no se esperan cambios en la Península en los próximos dos siglos»?

Nuestros anuncios de champán son los mejores, a falta de que haya algo como para celebrarlo con champán. Nuestros curas nocturnos son los mejores curas nocturnos del mundo entero. Y cuando cantan las folklóricas... ¡Ay, cómo vibra el país y el aire se serena cuando cantan las folklóricas...!

Por eso no es de extrañar que a Luis Buñuel le guste tanto Televisión Española. Uno ya lo presentía, pero ha tenido sobradas pruebas viendo «El fantasma de la libertad», donde una y otra vez una voz en off grita «¡Vivan las



caéñas!». Porque comprenderá usted que obviamente Buñuel se refiere con esos gritos en la banda sonora de su película a la Primera Caéna de Televisión Española y a la Segunda Caéna de Televisión Española. Ahora que ya Fernando Séptimo no usa paletó, esas son nuestras caéñas. ■ A. B.

Líneas de penalty

Mal ejemplo dio don Pedro Escartín al comentar el Reglamento. Porque ha facilitado argumentos para que cualquiera se ponga

a escribir de «táctica» y de «técnica», como decía un entrenador gallego amigo nuestro; e incluso para que cada español lleve un «Don Balón» debajo del brazo. A la vista del éxito de «Don Balón» en la cosa que dijo José María García que quería hacer un «Cambio 16» de los deportes, hay ya en España mil doscientos tres hombres que no solamente dicen ay como Pedro Rodríguez en «La Colmena», sino que encima quieren sacar nuevas revistas deportivas.

—Voy a sacar un «Cuadernos para el diálogo» de deportes —me dijo ayer un amigo que es directivo de un club de Segunda. No había salido de mi asombro cuando al cuarto de hora me encontré con un antiguo compañero de colegio que, cuando le pregunté cómo le iba la vida, me respondió:

—Pues ya ves, bien. He ganado mucho dinero construyendo viviendas de protección oficial. Como quiero que el dinero repercuta en algo en la cultura, voy a sacar una revista.

—¿Una revista?

—Sí, una revista. De deportes, naturalmente; pero una cosa distinta. Quiero hacer un «¡Hola!» del deporte.

Ya tenemos de todo. En las próximas semanas saldrán caballos blancos para sacar un «Telva» de deportes, y un «Ecclesia» de deportes, y una «Gaceta del Derecho Social» de deportes, y

del fichero de un crítico ortodoxo

TEATRO

JESUCRISTO SUPERSTAR.

Hay que reconocer que cuando un cantante melódico, espiritual, sensible y sin dudas ideológicas toma un texto y lo canta con sencillez, ese texto deja de tener la pedantería y la pretenciosidad propia de cantantes más sofisticados. Comparar este montaje teatral con la horrible película que padecemos el año pasado, sería como encontrar paralelismos entre «El milagro de Fátima» y «El último tango en París». Además, aquí se demuestra que cuando los españoles queremos hacer musicales «modernos», no hay nada que enviar a los famosos de Broadway.

CINE

RAFAEL EN RAPHAEL, de Antonio Isasi Isasmendi.—Ya

era raro que la envidia no hiciera su aparición en el cine a propósito del talento y la clase indiscutibles del cantante Raphael. En esta película, que se pretende objetiva, se deslizan una serie de comentarios y críticas al fenómeno de la popularidad de Raphael como si no pudiera existir simplemente el amor de un pueblo a quien ha sabido conectar con su sensibilidad. A ratos, el señor Isasi ironiza sobre nuestra máxima figura de la canción, a ratos lo respeta porque no tiene otro remedio, pero la verdad es que nuestra gran estrella hubiera merecido un homenaje nacional de más claro contenido.

CLEOPATRA, de Joseph L. Mankiewicz.—Para los que no creyeran en el talento interpretativo de Elizabeth Taylor, aquí tienen una buena muestra de su ductilidad, de su sobriedad (acompañada aquí con una variada gama de trajes adecuados a su personalidad, trajes ricos en joyas y maravedies pero atentos a

la finura de su porte), de su saber contenido. Por otra parte, la película no se mete, afortunadamente, en complicaciones políticas sino que atiende a lo que determinó realmente la historia de la antigua Roma: los amores apasionados (y adúlteros) de Cleopatra con César y Marco Antonio. Fuerte película, pues, en contenido, pero ajustada en la forma.

AGUIRRE, LA COLERA DE DIOS, de Werner Herzog.—No nos puede extrañar que ahora se nos diga que los conquistadores españoles no tenían como fin principal de su alta misión en la Historia la promoción imperial de unos principios de civilización y moral; no nos extraña que se piense que tenían intereses económicos. ¡Estamos acostumbrados a todo! Este alemán debía aprender de nuestra «Alba de América», del desaparecido Juan de Orduña donde sí que se ponían los puntos exactos sobre las ies. Una reposición se impone.

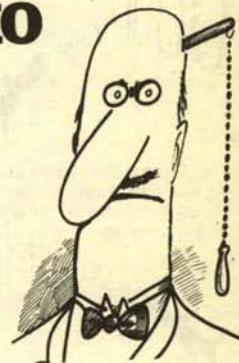
BARCELONA

LA RONDA DEL PLACER, de Massimo Dallamano.

Hacer una comparación entre el amor proletario y el buen amor burgués es necesaria. Porque se entiende rápidamente que para disfrutar de una tranquilidad espiritual es necesario un reposo social que sólo merecen aquellos que se esfuerzan en superar su «status» (que dicen los modernos) en este mundo nuestro de la igualdad de oportunidades. En esta película se comprueba que los proletarios (perezosos y poco luchadores) no pueden tener una relación amorosa que no sea tensa y violenta. Muy bien.

VENGA A TOMAR EL CAFÉ CON NOSOTRAS, de Alberto Lattuada.

Ya está bien de hablar de represiones sexuales. ¿Por qué se empeñan estos italianos en hablar de la insatisfacción sexual de la mujer soltera? Han pasado desgraciadamente,



para este pueblo conflictivo, los tiempos de la fe religiosa en los que se sabía que las mujeres son madres y que sólo con ese fin entienden el ejercicio del amor. Las necesidades de la sociedad de consumo les ha obligado a olvidar los principios de esa fe (que son, lógicamente, principios científicos) y están manipulando en el cine con fines comerciales la verdad y la decencia. Película que puede hacer mucho daño moral. Hay que prevenirse.